

ACOMPAÑAMIENTO PARA EL DISCERNIMIENTO

PRINCIPIOS PSICOLÓGICOS Y EXPERIENCIAS DEL ESPÍRITU¹

Dentro del tema de esta tarde: *El acompañamiento y sus claves*, se me ha pedido que trate específicamente el aspecto de acompañar para discernir, brindando algunos principios psicológicos en conjunción con la experiencia del espíritu. Para ello comenzaré hablando sobre lo que parecen deben ser los objetivos de un acompañamiento espiritual, seguidamente diremos algo sobre el método, luego pasaremos a establecer el carácter respetuoso pero retador de su actividad, y se pondrá relevancia en marcar los signos de conversión para poder establecer la calidad del acompañamiento. También hablaremos brevemente de fenómenos típicos en los que el acompañante se ve implicado, casi sin quererlo, con algo de terapia psicológica. Todo ello nos avocará finalmente a delinear el perfil del acompañante espiritual. Esto ya nos da el objeto formal de la presentación: se habla desde la experiencia de ser acompañante. Este será el enfoque.

Hablo hoy con temor y temblor, no sólo por el foro que nos rodea, sino porque lo hago como un *aficionado*. No he sido formado para ser acompañante. Vengo a compartir como testigo de los milagros actuales y patentes que hace el Señor con ami-

1. Este artículo fue publicado en el libro *Psicología y Ejercicios Ignacianos*, volumen I. Ed Mensajero-Sal Terrae, 1990.

gos y compañeros, a quienes quema con la locura de seguirlo y defenderlo. Es eso lo que me impulsa a hablar. El sentimiento preponderante que me embarga es el de ser, como diría Ignacio, *puro impedimento*. Cito ahora unas palabras suyas que servirán de encuadre existencial a esta comunicación².

Yo para mí me persuado, que antes y después soy todo impedimento y de esto siento mayor contentamiento y gozo espiritual en el Señor Nuestro, por no poder atribuir a mí cosa alguna que buena parezca (Epp 1, 339-342).

LOS OBJETIVOS DEL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL

El acompañamiento espiritual es algo que tiene de arte y de ciencia. Es una plataforma cuyo fin es ayudar mejor en el seguimiento de Jesús. Una ciencia o un arte que ayude a la meta del cristianismo en el aquí y ahora, pasa por la responsabilidad de hacernos como Dios, es decir, no por la vía del poder —pecado original originante— sino siguiendo la enseñanza de Jesús: creciendo en misericordia, en solidaridad. El objetivo principal de esa ciencia o arte de ayudar a las personas se inscribe en el gran mandamiento de Jesús de tener un corazón solidario como lo tiene el Padre.

Por otra parte, dada nuestra inclinación al mal; teniendo en cuenta el mundo que nos rodea en donde estamos dominados por los medios de comunicación, a través de los cuales los poderes de este mundo nos imponen sus creencias, sus ideas, sus gustos y nos distorsionan los juicios y los valores, *crece y se hace casi un requisito una línea de formación alternativa, que sería el acompañamiento espiritual*, que nos ayude, en primer lugar, a captar la condición de heridos, débiles, empecatados y confundidos estructuralmente en que vivimos, para

2. La presente comunicación es una reseña del artículo publicado en la revista *Diakonía*, Managua, diciembre de 1988, con el título: *El Acompañamiento Espiritual como exigencia de una espiritualidad de liberación*.

luego poder remar contra esa corriente y tomar nuestra propia posición.

Viniendo ya a objetivos más concretos, tendríamos que el acompañamiento permite hacer que las personas se levanten por sí mismas y descubran el propio camino que Dios ha trazado para ellas. Dicho de otra forma, el acompañante colabora a que la persona descubra la acción del Espíritu en sí misma. Un Espíritu que está presente y nos hace templos de Dios, cada cual con su propio *carisma* (1 Co 12). Un Espíritu que está encerrado, embotador aletargado por la acción del pecado personal estructural y por el influjo nocivo de los medios de comunicación. Un espíritu que aunque está en el fondo de nuestros corazones no dicta órdenes sino insinuaciones: impulsos y mociones. *De ahí que el acompañamiento tenga una similitud con la concientización que es previa a la evangelización y politización de un pueblo.* Siempre esa concientización viene desde fuera, es la alteridad la que me convoca a ser yo mismo; más todavía cuando esta alteridad es personal.

Objetivo, así mismo, del acompañamiento es que las personas sean fieles a su *vocación*, al *llamado*. Todos y cada uno tenemos nuestro propio *carisma* con el cual enriquecer el cuerpo de la comunidad. Ese es el término paulino para significar el descubrimiento de cada cual. Cada persona tiene entonces una llamada concreta. Esto debe desentrañarse. Pero por otra parte –y esto quizás es más importante– recibimos esa llamada que es de *alguien*. *Ese alguien es el que en el aquí y ahora de nuestra Latinoamérica se concreta en la voz de los oprimidos en donde escuchamos el clamor de Dios historizado.* Mucho del trabajo del acompañante consiste en ayudar a esclarecer la fuente de esa llamada. En nuestras tierras no es ya propiamente una llamada sino algo que se ha convertido en un grito; “lamentos que llegan hasta el cielo”, como dijo Monseñor Romero.

El acompañante es el suscitador o despertador para que se escuche la voz de Dios que habla en lo íntimo del corazón del

ser humano, pero sobre todo, que nos llama desde el dolor hecho mundo.

Otro objetivo concomitante es descubrir no sólo quién llama y a qué, sino con qué fuerza llama, con cuál tipo de gracia, con cuál moción principal, hegemónica. Es el descubrimiento de eso que nosotros hemos denominado *consigna* (cfr. *La Osadía de dejarse llevar* p. 54, segunda edición, número especial de la revista Diakonía, Managua, 1987). *Es esta consigna la fuerza que el Señor ya me da, el lugar por donde El hace converger su gracia para irme ya impulsando y que está en oposición frontal con el modo como me tienta el espíritu de este mundo, aprovechándose de mi debilidad y pecado. A través de esta moción principal, recabada en una experiencia de Ejercicios Espirituales bien hechos, se me revela cómo se me quiere comunicar el Señor. Es una invitación a ser como Él es bajo esa gracia especial. En definitiva es el camino ad hoc, para mí, para poder ser solidario y misericordioso como es el Padre.*

EL MÉTODO PARA ACOMPAÑAR: EL DISCERNIMIENTO

En la espiritualidad ignaciana, los Ejercicios Espirituales son como la base para que se pueda ir desarrollando esta *ciencia* de la vida espiritual. De ahí que no pueda, generalmente hablando, darse un buen acompañamiento sin haber sido testigos de la labor en Ejercicios. El carácter analógicamente *científico* de los Ejercicios ignacianos reside en que tienen ciertos principios (reglas), un laboratorio experimental (que es la vida interior con las diversas mociones), un objetivo concreto (liberarse de las aficiones desordenadas y encontrar la voluntad de Dios concreta) y un sistema de verificación (las confirmaciones).

Esa metodología es la que nos puede capacitar en este arte del acompañamiento, pero a la manera ignaciana: desde el discernimiento. Esa metodología implica unos requisitos básicos para el que se somete a ello. *Lo primero es la detección del*

subiecto, es decir, si hay potencial en esa persona, a la que queremos ayudar, si puede ser sujeto de sí mismo y tiene **grande ánimo y liberalidad**. Y es que el acompañamiento espiritual debe inscribirse dentro de un proyecto en el que se busca cambiar las estructuras del mundo y ayudar a establecer hombres y mujeres nuevos. Dada las limitaciones de tiempo y recursos, el efecto multiplicador nos sugiere encontrar personas dispuestas para este tipo de trabajo. Si falta esto, San Ignacio no nos dice que no lo atendamos sino que le demos lo que puede digerir y de lo cual sacar provecho. (EE 18).

Luego, como segundo paso, *está el aprendizaje de las reglas del discernimiento*, que son el trasfondo teórico y existencia del comportamiento de los espíritus. Estudiando estas reglas tenemos en primer lugar los elementos para conocer las diversas fuerzas espirituales: lo que son mociones, con lo que se designa todo lo que nos lleva hacia el Señor y su Reino. Por el contrario deben conocerse las "tretas", que es todo aquello que nos orienta a lo opuesto: apartarnos de Dios y de su Reinado (cfr. para todo este material, Cabarrús, op. cit., 1988. Apéndice: *Guía práctica del discernimiento*).

Se nos da también a conocer los vehículos de esas fuerzas. Los impulsos (mociones y tretas) se vehicular o se expresan en dos estados básicos: la consolación y la desolación. La experiencia de que las fuerzas en juego (mociones y tretas) pueden expresarse, bien sea por consolaciones o por desolaciones, ya que estas últimas simplemente transportan los impulsos espirituales. De ahí que se pueda dar un traslape de ambos factores –impulsos y vehículos– pero no una identificación. De donde se saca la regla básica del discernimiento y regla básica para el acompañamiento: ¿qué se experimenta (clave de consolación/desolación) y cuál es el derrotero, a qué conduce esa experiencia? (clave de moción/treta).

En este camino también se nos permite adentrarnos a conocer algo muy importante en la vida del espíritu: saber dis-

tinguir lo que es un *estado espiritual* de un estado fisiológico o psíquico. Un estado espiritual es aquella sensación que recibe una interpretación de ese fenómeno en clave de espíritus. Ignacio en sus Ejercicios nos habla también de las diversas épocas personales (*semanas*, las llama él). Con esto quiere designar dos cosas: la manera de ataque del mal espíritu (descarado en la primera semana o encubierto en la segunda semana); y segundo, el nivel en el proceso espiritual de una persona: los que van de pecado en pecado mortal, y los que van intensamente purgando y de *bien en mejor subiendo*. Todo lo cual nos indica que, aunque básicamente el criterio para hablar de épocas espirituales es la acción del ME, hay que tener también en cuenta el nivel de conversión en el proceso por donde es conducida una persona.

Por último se tiene que ponderar la reacción del sujeto frente a las *visitas* del Señor y del espíritu del mundo. Es el momento propiamente ético, es donde se miden las responsabilidades de las actuaciones del ser humano. Y al revisar las reacciones se tiene que sobrepasar la ingenuidad de los buenos deseos. Estos pueden ser otra moción pero no son los actos congruentes que deben desprenderse de ellas. Parte del arte del acompañamiento consiste en no dejar que aquel a quien acompaña se proponga metas que no le vienen *dadas* de parte del Señor, y aun estas mismas, que se vayan realizando desde pequeñísimos pasos impuestos todos ellos desde la posibilidad y desde relaciones vitalizantes.

Otra cosa que nos dan los EE como ayuda para el acompañamiento, es el mismo entrenamiento que ellos suponen. Son ejercicios del espíritu, es claramente un método de preparación para vivir luego la verdadera competencia, la verdadera batalla. Cuando uno entra a cualesquiera ejercicios físicos –por ejemplo– uno tiende a comportarse en ellos con los mismos defectos que como actúa en la vida. Los Ejercicios ignacianos nos hacen posible invertir el *dictum* de que *como me*

comporte en la vida, me comporto en la oración, dando paso –gracias al entrenamiento– al dictum siguiente: como me comporte en la oración me podré comportar en la vida.

LOS DESAFÍOS DEL ACOMPAÑANTE

El elemento crucial y específico del acompañamiento fuera de Ejercicios, es la vivencia cotidiana: el modo de vivir, la integración del dolor humano, de la debilidad, del pecado. Todo esto junto a la llamada que se va experimentando de parte del Señor a partir de las diversas instancias, primordialmente desde la historia. De manera que fuera de los Ejercicios, lo que se retoma como material es la biografía concreta inscrita en una historia dada, con sus desafíos y sus logros, con sus alegrías y miserias.

Fuera de Ejercicios, además, se verifican no tanto las mociones en sí, sino la fidelidad a ellas: la constancia en mantenerse fiel a la invitación del Señor, al compromiso de la historia. Así mismo, la consistencia de la voluntad en ponerse en ello.

Tenemos, por tanto, que lo más señero del acompañamiento en la vida ordinaria es el hecho de las confirmaciones históricas. De allí que el lógico material de cotejamiento con el acompañante es la congruencia con el Proyecto de Vida, que toda persona debe establecer después de la vivencia de los Ejercicios Espirituales y con los Proyectos Apostólicos u objetivos de las obras concretas (cuyo perfilamiento debe prepararse y evaluarse en las obras mismas), en lo que respecta a la repercusión del trabajo en la vida interna y de cómo ésta se expande en las tareas por el Reino.

Consideramos de suma importancia que el ejercitante ponga atención a cómo reacciona ante las mociones o tretas. Si una moción no se lleva a su realización, se queda en simple *invitación* del Señor, que no tuvo ningún influjo en la vida personal; de ahí que *lo que hizo historia* tenga una máxima relevan-

cia. Si esto es verdad en un clima de ejercicios, mucho más en la vida ordinaria. El acompañamiento tendrá como punto de verificación lo que ha generado vida diferente, vida cristiana, lo que ha modificado el rostro de las cosas, las relaciones, etc.

En este sentido el Proyecto de Vida, los Criterios Apostólicos por los que se rige el acompañado vienen a formar parte crucial en el proceso del acompañamiento espiritual. Dan como la brújula del caminar. Corresponde al momento del acompañamiento el establecer y valorar los *indicadores* del crecimiento espiritual y ver si se están cumpliendo, valorar su eficacia y eventualmente dar paso a una mayor radicalización. Los indicadores se convierten en algo que impide la coartada de las buenas intenciones, pues siempre son algo ponderable, verificable, medible si se quiere.

El gran fruto de los Ejercicios es estar en camino hacia la Tercera Manera de Humildad –3MH– (EE 167) y esto implica un optar *por principio* por Cristo entre los pobres, arriesgarse por él y tener los máximos detalles en el amor (cfr. EE 167). El papel del acompañante fuera del retiro, es verificar en cuánta medida el acompañado está en la línea de esa 3MH; cómo está siendo todavía interpelado por ella, y los pasos pequeños pero concretos por los que va haciendo avances en la constante invitación al seguimiento de Jesús. Esto a la larga presentará una traducción política. El acompañado en el fondo tendrá que ser, como lo fue Cristo, un subversor del *orden* establecido, por lo tanto se le debe ayudar a resistir la incomprensión, la ambigüedad, y el ser tomado y estimado por loco según este mundo. La petición constante de los Ejercicios de *ser puesto bajo la bandera de Jesús* no puede vivirse impunemente.

Obviamente que el colocarse en esa bandera, y el estar dispuesto aun a la misma muerte, no es por un ascetismo individualista, sino por la preocupación de la muerte de muchos, por el hambre de la mayoría, por encontrar mejores caminos de hermandad y paz estructuralmente logradas. Todo lo cual no

se consigue sin cuotas de incomprensión y, por qué no decirlo, de represión y muerte. Suficientes ejemplos tenemos sólo en Centroamérica de lo que significa ser fiel a Jesús en sus empobrecidos.

En la Tercera Manera de Humildad, Ignacio nos hace perder la indiferencia para colocarnos en un apasionamiento por Jesús y la causa del Reino; de tal manera que, siendo igual gloria del Padre, se tienda a elegir más pobreza, más compromiso, más riesgos y más detalles en el cariño a Jesús. Esta Tercera Manera de Humildad es la que creemos funciona como catapultas hacia el compromiso histórico. La vinculación con el Cristo pobre y humillado —que se debe buscar *por principio*— nos hace lanzarnos hacia los pobres concretos, a pelear por sus causas —que son las causas de Dios—. De ahí que un signo del progreso espiritual va a consistir en la solidaridad afectiva y efectiva con los pobres y su lucha. La señal de que se está creciendo en el espíritu es mostrar el seguimiento en los compromisos históricos. La solidaridad con los pobres reales y con sus intereses profundos —que lleva a luchar por y con ellos— es la manifestación de una buena salud espiritual. El discernimiento *nace de una toma de posición con Jesús pobre y humillado actualmente (requisito) y lleva a defender su causa (verificación)*. Sólo con esas condiciones y con esos frutos es verdadero discernimiento (cfr. Cabarrús, *La osadía de dejarse llevar*, Diakonía, Managua, septiembre 1987, p. 9).

SIGNOS DE LA CONVERSIÓN

Estos signos de conversión nacen como fruto de los EE y del acompañamiento espiritual; pero se tienen que ir concretando, historizando poco a poco. En todo ello hay algo gradual. Las vinculaciones con la causa de los pobres —a pesar de su obviedad— no se nos hacen fáciles de establecer. Todo ello implica una reeducación, un cambio de relaciones sociales.

Los pasos se pueden ir estableciendo dejándose llevar por el Espíritu y por las exigencias de la misma gente. Por esta razón decíamos que el pueblo pobre que lucha se convierte en la moción histórica que completa y complementa la moción que se da en el seno de la interioridad. Es la moción histórica (pueblo que lucha), la que nos va radicalizando. Aquí no queda campo a una ascesis que pudiera ser un tanto artificial, sino al despojo que provocan *los condenados de la tierra* a los que se meten con ellos. La pobreza, como solidaridad con los empobrecidos, adquiere algo que ya no es *matiz* de mi vida, sino razón de ser profunda.

De manera que el gran signo de crecimiento es el continuo relanzamiento de la moción espiritual a la moción histórica, que vuelve nuevamente a la moción espiritual. En este movimiento creemos entender una de las maneras de explicación de la fe y la justicia. La fe estaría más centrada en la moción espiritual mientras que la justicia estriba en la relación histórica.

Regresando al ámbito personal tendríamos otro signo de crecimiento espiritual. Por mucho que estemos *curados* de nuestras heridas, de nuestras debilidades; por mucho que nos levantemos y apoyemos en nosotros mismos, siempre nos rondará el pecado, siempre seremos causantes y víctimas suyas, o por lo menos estaremos en la posibilidad de serlo. Sin caer en menosprecio o infravaloraciones, un signo del crecimiento espiritual será la sensación de que uno es un poco rémora para la acción de Dios. Ignacio se percibía como *todo impedimento* para la gracia: se sentía *pobre en bondad*. Todo ello no es falsa humildad. Y esto, aun en el caso de no poderse contar pecados *manifiestos*. Tenemos pues que un signo de crecimiento tiene que ver con la honda captación de *ser pecador*. Ser pecador, con todo, perdonado y llamado a ser compañero del Hijo, quien carga su cruz en nuestros días...

Dentro de ese sentimiento de ser pecador perdonado, un signo de crecimiento espiritual es haber recibido la gracia de

verse con los ojos con los que nos ve Dios. Sus ojos son mirada de verdad y cariño entrañable. Aprender a querernos como Dios nos quiere es una veta de crecimiento humano y espiritual cuyo camino es infinito, que será tan grande como grande es el Señor.

Pero en nuestras latitudes es la esperanza el criterio más significativo, más importante de una verdadera conversión, puesto que es el que puede comunicar más a Dios. La esperanza es lo que más necesita nuestro pueblo cansado de caminar, cansado de tanta injusticia, cansado de que no fructifique sus intentos, sus caminos. Quien se siente agarrado por Dios comunica esta esperanza alegre: *Tal es mi expectación y mi esperanza que en ningún caso saldré fracasado* (Fil 1, 20), la visión positiva sobre sí mismo y sobre la historia.

LA NECESIDAD DE LOS PRINCIPIOS PSICOLÓGICOS

Hay una serie de problemas en el acompañamiento, que tienen una interpretación psicológica previa, y que a menos que se tomen en cuenta no habrá avance en el proceso espiritual. Vamos a tomar algunas de estas experiencias, por lo demás muy comunes, para mostrar la interpretación.

La primera tiene que ver con algo que no pertenece al campo propiamente psicológico. Se trata, en terminología bíblica, del problema de la pregunta de Job: *¿Por qué sufre el inocente, por qué los pobres siempre juegan la peor parte...?* Como señalábamos, todo este conglomerado de problemática estriba más bien en el campo de los problemas sociales. Con todo, esta pregunta de Job tiene una repercusión personal muy honda cuando los acompañados han tenido que sufrir dolores, traumas, sucesos personales que no comprenden. Es el toparse con el problema general del Mal, pero injertado en las biografías, golpeando las psicológicas de tal manera que no se comprende la bondad del Padre, de modo que se hace difícil com-

prender su cariño por los pobres y los sufridos. Como decía Camus, *Rehusaré hasta la muerte esta creación donde los niños son torturados* (*La peste*, Aguilar, 1979, p. 307). El grito es siempre el mismo: ¿cómo Dios pudo permitir que me pasara tal cosa? Allí el esfuerzo consiste en ayudar a integrar el problema humano, primeramente permitiéndose sacarlo a flote, dejándolo sentirse, pudiendo expresarlo —a veces con sufrimientos ahogados—, como paso previo a aprender a convivir con ese problema antes de darle una lectura teológico-espiritual.

Otra problemática bastante general es la del mundo de las heridas psicológicas y de los traumas. Como bien se sabe, sobre todo en la infancia, la personalidad es un receptáculo impresionable que guarda las huellas dolorosas que van haciéndose matriz de su psicología, de tal manera que toda ulterior experiencia viene coloreada por las primeras impresiones negativas. Estas heridas o traumas en la medida que tienen vigencia se muestran por las *reacciones desproporcionadas* en la cotidianidad. Muchísimas de las *lecturas* de lo que pasa, que a veces hará el acompañado, principalmente en los comienzos, tienen que ver casi inextricablemente con estas matrices de negatividad que tienen que desmontarse primeramente para no confundir esas sensaciones o sentimientos o discursos, con lo que luego será la influencia de los espíritus buenos o malos. Por tanto, uno de los primeros pasos para avanzar en el acompañamiento es ayudar a distinguir los campos: lo que pertenece propiamente al mundo de la psicología —herida, en la mayoría de los casos— y lo que pertenece al mundo de las mociones y tretas. Mientras esto no se pueda distinguir con facilidad se cae en innumerables trampas, no hay avance posible en la vida espiritual. Se podría objetar que hasta que una persona no tenga esta *sanidad psicológica* no se podría comenzar el acompañamiento'. Sin embargo, en el modo habitual de lle-

3.Cfr. BARRY Y CONNOLLY, *The practice of Spiritual Direction*, Seabury Press, 1982, p. 72.

vase las cosas, los que acompañamos espiritualmente nos topamos con personas que nos vienen así y hay poca facilidad para referirlas a otras instancias más técnicas. El problema es que de ordinario, los acompañados perciben todo ello como en una nebulosa espiritual y por eso primeramente buscan el acompañamiento para resolver todo ese conflicto donde, con todo, experimentan también una llamada al servicio y al seguimiento de Jesús.

Otra situación de convergencia psicológico-espiritual es la del mundo de la *marginación*, por llamarlo de alguna manera. Se tienen allí los casos de problemas de integración psicológica-espiritual del racismo (personas indígenas, morenas; *nativos* en general) que se sienten inferiores al prototipo de hombre o mujer que se nos vende en los medios de comunicación aun de la propia Iglesia institucional. Esto colinda con lo que adelante llamamos el problema de las imágenes, pero tiene tintes diversos, en cuanto lo experimentado acá tiene un soporte objetivo: la discriminación racial. Ayudar a integrar esto es algo difícil, supone poder expresar el dolor de esa marginación, aprender a convivir con ello y luego poder acercarse a una lectura teológico-espiritual, que en este caso es sumamente valiosa: Dios ha escogido lo débil, lo que *aparentemente no vale* para confundir a quien se cree centro de la creación.

En este mismo punto de la marginación se debe ubicar el hecho (se discute que no debe enfocarse ya como *problema*), de la homosexualidad. Aunque en América Latina se esconde la problemática teórica –quizás por el peso del machismo que vivimos, y contrario al mundo anglosajón– es un dato vigente y que cada vez más se presenta como algo común ante lo que se debe dar una pastoral de acompañamiento adecuada. El primer paso en todo ello es lograr que el acompañado *pueda* expresar sus vivencias, que en casi todos los casos son dolorosísimas y con cargas morales y pseudorreligiosas muy pesadas que ahogan a las personas. Una vez expresadas, hay que ayu-

dar a las personas a que encuentre, a nivel de las sensaciones, lo que pudiera ser el origen de todas esas tendencias que experimentan. En muchos casos habrá datos traumáticos como origen del dinamismo desatado. Parece que en otros no se da como un traumatismo, sino como un camino de iniciación. Una etapa importante en todo esto consiste en un dato de la voluntad. Es necesario poder establecer con el acompañado, por dónde se siente llamado a establecer su propia identidad. Sólo puestos estos datos en claro se puede ayudar a caminar por las huellas del seguimiento de Jesús en el servicio de los más pobres y necesitados. Si lo anterior no se logra, siempre habrá espacios oscuros, puntos de turbulencia que a la larga minan mucho la psicología y restan impulsos apostólicos.

Hablando de la voluntad, esto permite introducirnos en otro ámbito de convergencia psicológico-espiritual: el problema de la consistencia de las voluntades. Así como en otras épocas se fomentó —a fuerza de despreciar y aplastar otros valores— la energía de la voluntad, cayendo en un voluntarismo principalmente en la vida espiritual; en nuestros días nos vemos envueltos en una atmósfera de falta de compromiso generalizado. En Europa es claro el ambiente de haber *pasado* de todo: el matrimonio en el primer mundo está en crisis precisamente porque hay dificultad de mantener una responsabilidad de por vida. En los Estados Unidos no es raro el que se plantee con frecuencia la viabilidad de unos votos perpetuos... Todo esto nos presenta un mundo que no favorece la consistencia en lo que se asume. En la dimensión espiritual, en donde al Señor no le gustan las terceras posiciones, en donde se está con Él o contra Él; en donde quien pone la mano en el arado y vuelve para atrás no es digno de Jesús; en donde se tiene que estar dispuesto a cambiarlo todo por la Perla del Reino; esto genera complicaciones... Parte del trabajo del acompañante consistirá en ayudar a resaltar la importancia de la voluntad —sin caer en voluntarismos—, en ayudar a fortalecerla y en establecer algo que se

podría llamar pedagogía del compromiso, es decir, un camino para ir logrando ser cada vez más congruente con los pequeños desafíos de la vida diaria. Sólo si se es fiel en lo poco se es fiel en las grandes tareas por el Reino. Aquí el acompañante tiene que echar mano de algunas técnicas que ayuden a ejercitar la voluntad⁴, a darle consistencia y a poder ir exigiendo que el acompañado vaya siendo fiel, al que primeramente es el *superfiel* con nosotros. Para esto, el marco ideal, el encuadre salvífico, es el pueblo pobre en su fidelísima lucha contra toda esperanza. Sólo vinculados a esa *moción histórica*, que es el pueblo pobre de Dios en marcha, *llegaremos al final*. Nuevamente, como el acompañante no esté vinculado a esa moción, poco encuadre de soporte podrá ofrecer al acompañado. Y todo esto sin mitificar al pobre sino manteniendo asimismo la postura crítica frente a lo que debe ser redimido también en ellos...

Otra vivencia compleja es que se suele experimentar la vida del espíritu con una marcada carga negativa sobre la moralidad sexual. Es lamentable que en la educación moral y religiosa se transmita un falso Dios preocupado única y *morbosamente* por la vida sexual. Eso más que experiencia cristiana es

4. Dentro de los medios de ejercitar la voluntad nos parece importante resaltar la eficacia del «Examen Particular» (EE 24), cuya finalidad no es sólo quitar un vicio sino también fomentar una actitud positiva por medio del mecanismo de hacer conscientes los actos, gracias al conteo y la verificación de los logros que se van obteniendo. Nosotros hemos experimentado que éste es un método de recabar datos experienciales (positivos y negativos) que ayudan al análisis ulterior de las causas profundas del actuar. Para ello proponemos establecer una matriz ad hoc, que tome en cuenta el conteo de los hechos, la ocasión en que suceden, la experiencia sentida en ese momento, la expresión externa de lo vivido, las consecuencias de allí desencadenadas y el desenlace final. Con ese material observado se tienen elementos para comenzar a analizar el fenómeno y ver el patrón de comportamiento de lo que quiere examinarse. Casi siempre aun las propias vías de solución se imponen por sí mismas... Esto, por una parte, fortifica la voluntad que se pone «sobre el problema», y por otra, la orienta a que exprese su fuerza por donde hay posibilidad de cambio y de éxito.

una experiencia de un trauma religioso-moral. De ahí que todo avance en la vida del espíritu tenga que desactivar una formación y unas vivencias traumáticas sobre la vida sexual, relacionadas muchas veces con una experiencia religiosa, ¡que no cristiana! Pareciera que la iniciación al sexo –sobre todo en años anteriores– siempre se tenía que realizar de forma traumática y con el corolario de Dios de por medio. Para poder echar a andar y ganar en libertad, hay que lograr, entonces, espacios en la comprensión de todo eso. Sólo así se justipreciará el sexo y se le dará el lugar que tiene en la vida; por otra parte se comprenderá la importancia del único mandamiento del Señor, el del amor mutuo, que no tiene precisamente que ver con la masturbación ni con las imágenes sexuales negativas.

Muy ligado a esto está la experiencia de falsas imágenes de Dios como juez, como supervisor, como padre, sí, pero a la sombra del propio padre biológico, quien quizás ha causado el más grande trauma de la vida. Esto es un poco más difícil de desmontar ya que las vivencias son directamente relacionadas con la idea de Dios. Todo ello va a suponer un proceso de superación y depuración de esas imágenes, a la par que se vaya experimentando la alteridad de Dios, que se deja sentir, como padre, como madre, en lo íntimo de la oración. En esto se da una de las regiones de traslazo más comunes entre la terapia psicológica y el acompañamiento. Ello hace eco a la frase de Agustín: “Domine, noverim te, noverim me”, donde conocer a Dios es condición también del propio conocimiento.

Siguiendo con las imágenes, tendríamos el problema de las autoimágenes, de ordinario muy deterioradas y que tiene incidencia espiritual en cuanto uno se contempla a sí mismo como alguien que no tiene importancia para Dios; no se es *sujeto* frente a él. De ahí que se puedan derivar mecanismos de culpabilidad, o deseos de *retribuir*, de pagar, o de ganarse la voluntad de Dios, haciendo cosas heróicas o sufriendo humillaciones con un tono insano en todo ello.

Finalmente podría simplemente hacerse notar que el problema de libertad es otro punto crucial en el traslazo entre lo psicológico y lo espiritual; tememos usar la libertad. Creemos que si yo no hago exactamente lo que Dios me pide en un discernimiento (no en el campo de los mandamientos o de las responsabilidades históricas), si no continuo, por ejemplo, en la vocación, sino que, aun sintiéndola, quiero seguirlo en otro camino de compromiso, etc., creo que Dios me va a condenar. Es muy difícil experimentar que, si Dios me hizo libre, no es juego, que Él respeta la libertad, aunque no le guste todo lo que yo haga con ella. Este miedo a la libertad, frente a las inseguridades acrecentadas por el maquillaje *todopoderoso* de Dios, hace difícil vivir los procesos espirituales e implica un trabajo tanto por el lado psicológico como por el espiritual.

Por todo lo dicho concluimos: el acompañamiento no es una terapia psicológica. Cuando se tiene necesidad de una curación o de replantear un problema serio, debe buscarse una persona competente e indicada para este campo. En casos de necesidad y cuando el acompañante tiene una preparación/habilidad, se puede suplir de algunas maneras una terapia. No olvidemos tampoco que hay muchos casos de traslazo de experiencias psicológico-espirituales frente a las cuales se tiene que mover el acompañante. La mayoría de esos casos –si no son patológicos– pueden tratarse por un acompañante suficientemente capaz y experimentado como para poder distinguir la diferencia, autonomía e interrelación de los estados psicológicos y de los de vida del espíritu.

EL PERFIL DEL ACOMPAÑANTE ESPIRITUAL

El acompañante espiritual debe tener, por tanto, una personalidad capaz de gran humanidad, debe siempre generar confianza. Si bien es cierto que el acompañante no establece la relación de transferencia típica del mundo psicológico, sí

hay una suerte de transposición de las imágenes de Dios. Una vivencia totalmente gratuita, pero que acaece a veces, es cuando un acompañante dice a su acompañante que siente que Dios debe de ser un poco así, que por el modo de comportarse, el acompañante refleja —en lo que luego será en grande— el cariño del Padre. ¿Cómo se provoca esto? La sola pregunta está fuera de lugar. Eso acaece a veces; pero es que Dios utiliza al acompañante para mostrar su rostro de cariño, hace así visible su bondad y su amor por la humanidad (cfr. Tt 3, 4).

¿Cuáles serían las cualidades básicas del acompañante? Será alguien que no es perfecto; pero sin embargo es relativamente maduro. Da signos de estar comprometido con la vida y con la gente; esto se le nota. Hay un tenor de optimismo que no es ingenuidad en todo lo que desempeña. Sobre todo ha sufrido, pero no se ha dejado vencer por el sufrimiento y la negatividad. Ha amado y ha sido amado. Conoce lo que es la lucha por la vida, conoce lo difícil que es construir y mantener la amistad. Por eso tiene amigos a quienes quiere de verdad y de los que se preocupa profundamente. Ha experimentado fracasos y pecados —los propios y los ajenos— pero se encuentra a gusto consigo mismo de tal manera que refleja la experiencia de haber sido salvado y liberado por un poder mayor que el del peso del fracaso y del mismo pecado. No le teme tanto a la vida con sus luces y oscuridades, le respeta su carácter de misterio (cfr. Barry, op. cit., 124).

El acompañante deberá tener un *excedente de ternura* (cfr. ibíd. 126) que en definitiva es saber, con humildad, ser en alguna medida, rostros de Dios —Templos del Espíritu, lo llama Pablo— no para nuestra gloria sino para apoyo de los *muchos* en especial de los que más lo necesitan: la gente sencilla de ese su resto consentido (So 3, 12 ss.)

El acompañante es simplemente un testigo, un reflejo-eco de lo que sucede a aquel a quien se acompaña y por último, es un cotejador de la justeza y congruencia de lo que se vive.

Pero también ya insinuábamos desde la introducción, cómo el acompañante es en parte reflejo de Dios, y debe ser instrumento en sintonía con el Espíritu. Esta sintonía no se logra por un esfuerzo ascético abstracto, sino por la preocupación continua de estar al lado de la lucha de los pobres. El acompañante debe conocer el modo de proceder del Espíritu para poder ayudar a discernirlo. De allí que tenga que conocerlo en su principal actividad, que es la de *renovar la faz de la tierra*, la de hacer surgir del Caos el Cosmos más total. Por eso el requisito del acompañante es en parte el mismo que el que se pide para la meditación de Banderas: estar del lado del Jesús sufriente. Si estar con los pobres y sus luchas era la condición y requisito para poder hacer bien el discernimiento, el que acompaña ese proceso debe tener los mismos requisitos so peligro de equivocarse si no estuviese allí.

Pero ahondemos un poco más sobre el mismo rol del acompañante, por contraposición a la acción del Espíritu. El talante de toda la actividad del acompañante es el de testigo. Es testigo del caminar y del progreso que provoca el Espíritu. Es ser testimonio de los milagros que obra el Señor. No vamos a repetir lo que señalábamos como signo del avance espiritual. El acompañante simplemente dará testimonio de cuánto se está caminando. Por eso decimos que el acompañante es eco-reflejo de todo el proceso. También puede llamar a la objetividad de lo que el otro experimenta ayudándole a comprender si se ha captado bien la acción de Dios, y si la puesta en práctica de esas mociones tienen realizaciones ponderables y verificables; es decir, evita el alibi (la coartada) de los buenos deseos o intenciones.

¿Pero todo queda en el plano del mero ser “presencia”, ser testimonio? Creemos que no. El acompañante tiene también que discernir lo que pasa con el otro. Al comenzar una relación de ayuda, se da como un acuerdo (tácito o explícito) de que también el acompañante va a adquirir el derecho de in-

roducirse en la interioridad del acompañado y, por tanto, que va a tener cierta participación en su caminar. Su intervención será siempre desde el respeto, pero con la libertad que da el Señor para que siempre oriente con verdad y refleje no sólo el estadio presente en que se encuentra el acompañado, sino también el llamado a que éste ha sido invitado. En ese sentido la capacidad de discernir lo que acontece al otro, lo convierte por gracia en testigo del futuro. El acompañante es un testigo de lo que debiera ser; de la utopía personal desde la que invita y desafía a aquel... que lo ha dejado participar de su ruta.